



Escuela de Conservación y Restauración de Occidente  
**XV FORO ACADÉMICO**  
*Bifurcaciones y desequilibrios:*  
Las paradojas de la Restauración y el Patrimonio Cultural

**EL VIAJE DE DESCUBRIMIENTO  
SOBRE LOS RELICARIOS DE LA CATEDRAL DE DURANGO  
Y CATALINA LAURENZANA,  
LA CERIESCULTORA DURANGUENSE DEL SIGLO XIX**

LRBM Ana Lucía Montes Marrero  
*Egresada de la ECRO*

La Catedral de Durango alberga relicarios de diversas tipologías, una de ellas, los relicarios en ceroplástica. Dentro del estudio material de dos de ellos, se realizó una investigación histórica, cuyo eje central fue Catalina Laurenzana de Ríos. Su nombre aparece en un manuscrito adherido al reverso de la urna de uno de los relicarios, mencionándola como creadora del cuerpo-relicario de San Plácido mártir, dentro de la misma Catedral. Este fue el punto de partida para la breve pero sorprendente investigación histórica. Catalina vivió en el Durango del siglo XIX, miembro de una familia acomodada y con buena relación con el Cabildo catedralicio. Se le atribuyen varias obras de cera dentro de la Catedral, y se conoció su técnica gracias al estudio material de una de ellas, donde se descubrió que imitó la manufactura de los ejemplares romanos, con soluciones locales. Su identificación como ceriescultora y creadora de este tipo de obras, es un aporte valioso para la historiografía no sólo de Durango, sino de los relicarios en ceroplástica, obras usualmente en el anonimato, en su mayoría realizadas y traídas de Roma.



El estudio material que realiza un restaurador, debe incluir siempre la investigación histórica, para comprender íntegramente a la obra. Una parte no puede ni debe trabajar sin la otra. Es parte de la “interpretación” del patrimonio cultural (González Tirado, 2010) de la cual somos parte. Con esto como eje, se aborda en el presente, la investigación histórica paulatina y no sin tropiezos ni confusiones, realizada como parte de la tesis de licenciatura “Ceroplástica sagrada. Análisis de la técnica de factura y conservación de los relicarios de San Plácido y Santa Faustina de la Catedral de Durango”.

Comienzo desde donde realmente inició la investigación, con un impulso, un gusto, y la elección del objeto de estudio, un momento en el que intuía lo largo del camino que me separaba del conocimiento, y que implicaría sumergirse a un mundo extraño, pero disfrutando todo el trayecto. El primer acercamiento a los relicarios de la Catedral de Durango, fue a través de las cabezas de Santa Faustina y San Benedicto, expuestas en la Galería Episcopal que abrió sus puertas en el 2008. Años más tarde, la memoria hizo su trabajo y los traje de vuelta.



Fotografía 1.

Cabezas-relicario en ceroplástica, de los mártires Benedicto y Faustina.

Galería Episcopal de la Catedral de Durango.

Fuente: Montes, 2015.



Parecían ser los únicos relicarios existentes en la Catedral, sin embargo, un día 1º de noviembre de 2014, fue evidente que existían muchos otros distribuidos en los altares laterales del inmueble, detrás de tapas de madera, que se descubrían para su veneración sólo los primeros dos días del mes. Eran de muy diversas formas, desde peanas metálicas con vidrieras, medallones con pequeños fragmentos de hueso embutidos, hasta figuras de cera de cuerpo completo, vestidas de seda y adornadas con galones dorados, perlas, encajes y flecos. En total, la Catedral de Durango, y la Galería Episcopal, cuentan con varios medallones-relicario, ostensorios relicario, pirámides-relicario y un total de cuatro cuerpos-relicario, y dos cabezas-relicario, aunque se sabe que fueron más.

En este punto, debemos definir cuatro palabras: mártir, reliquia, relicario y cuerpo-relicario. ¿Quién es el mártir cristiano? Aquel que murió dando testimonio de su fe, una figura ejemplar cuyo culto promueve la Iglesia. Por otro lado, se llama “reliquia” a sus restos mortales. Los hay de variada jerarquía: las partes corporales como cráneos, huesos largos y corazón, se consideran *insignes* y de primera clase, mientras que huesos pequeños, de segunda; a las pertenencias y objetos en contacto con el cuerpo, tercera clase; y por último, a los fragmentos, se les nombra como reliquias *exiguas*. Estas reliquias se colocaban al interior del ara, piedra sobre la cual se efectúa el sacrificio de la misa, en el altar, para consagrarlos. Esta es una tradición heredada desde los albores del cristianismo, cuando la Eucaristía se celebraba sobre las tumbas de los mártires.

El relicario es aquel receptáculo que contiene la reliquia. Dentro de la muy amplia clasificación, se encuentran los “cuerpos-relicario”, tipología que designa la representación idealizada de cuerpo completo y tamaño natural, de mártires cristianos. Al interior, llevan restos óseos variados, en ocasiones la osamenta completa, todo colocado de manera correcta anatómicamente. Se encuentran en posición yacente, con un gesto relajado en el rostro, pese a su estado agonizante, con vestimenta a la usanza romana, de civiles o de soldados para el caso de varones, y de matronas para las santas. Llevan accesorios como coronas de hojas o flores, palmas del martirio en alguna de las manos, entre otros. Están realizadas en su mayoría con cera, textiles,



metal, postizos, todo ello logrando un resultado de gran realismo, aunque existen también algunas excepciones de madera policromada. En cuanto a las cabezas, son una variante de la misma tipología, designada “cabeza-relicario en ceroplástica”.

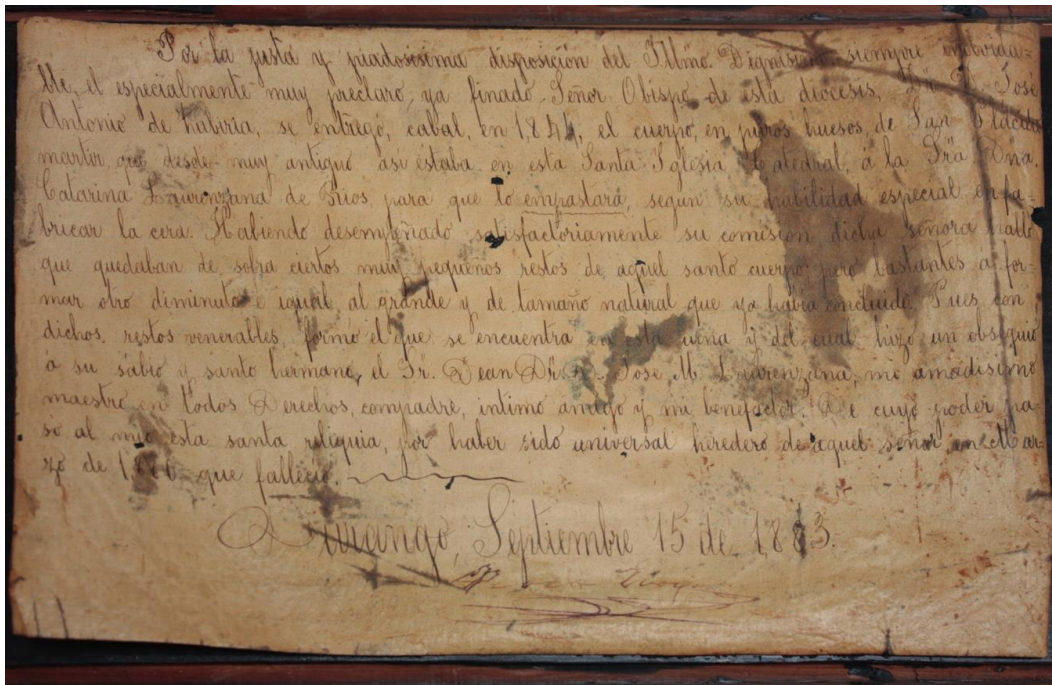


Fotografía 2.  
Cuerpo-relicario en ceroplástica de San Plácido mártir.  
Catedral de Durango.  
Fuente: Montes, 2016

Luego de investigación, fue posible conocer sobre sus orígenes, temporalidad y significado: Roma, las catacumbas, los primeros cristianos. Ese fue el centro del cual se extrajeron los *corpi santi*, identificados en los nichos por los símbolos del martirio como: dibujos de palomas con palmas en el pico, un vaso con sangre, instrumentos de tortura, el nombre del mártir en una tabilla, en ocasiones con la palabra *martyr* o bien, sólo una letra “M”. Después, estas osamentas se recompusieron y elaboraron por parte de artistas italianos, lo cual ocurrió desde el siglo XVIII, durante el XIX, e incluso hasta nuestro siglo XXI. Estos cuerpos encarnados en cera, se donaron a diversos territorios del mundo, para cumplir una demanda de sacralizar templos de la Iglesia. Llegaban a su destino dentro de una urna sellada, con un documento oficial llamado “auténtica”, y el vaso con sangre. Es así como llegaron a la Nueva España, y aún se conservan en diversos Estados de la República, como es el caso de Durango.



Uno de los hallazgos más relevantes durante la investigación, fue un manuscrito de 1883, encontrado en la tapa de la urna de un cuerpo-relicario a escala, también de cera, donde se menciona el nombre de una mujer:



Fotografía 3.

Manuscrito de 1883 donde se asienta que Catalina Laurenzana elaboró ambos cuerpos-relicario de San Plácido.

Fuente: Montes, 2015

“(…) se entregó cabal en 1844, el cuerpo, en puros huesos de San Plácido mártir, que desde muy antiguo así estaba en esta Santa Iglesia Catedral, a la Señora Doña Catarina Laurenzana de Ríos, para que lo empastara, según su habilidad especial en fabricar la cera. Habiendo desempeñado satisfactoriamente su comisión dicha señora allí que quedaran de sobra ciertos muy pequeños restos de aquel santo cuerpo; pero bastantes a formar otro diminuto igual al grande y de tamaño natural que ya había concluido.”



Dicha señora Catalina Laurenzana, estaba presumiblemente, ligada a la creación de varias las obras de cera de la Catedral: ambos cuerpos-relicario de San Plácido, la Divina Pastora, una imagen doméstica, y según la cédula del museo, las dos cabezas de San Benedicto y Santa Faustina. Esto constituía una excepción a la regla, pues al tratarse los cuerpos-relicario de obras casi siempre anónimas italianas, cabía la posibilidad de considerar una manufactura local.

Sin embargo, ¿cuáles eran en realidad las obras realizadas por ella? Esto difícilmente iba a poder conocerse únicamente mediante el análisis material. Era momento de adentrarse en la historia de Catalina Laurenzana y de los relicarios de la Catedral de Durango, lo cual se logró mediante visitas al Archivo de la Arquidiócesis, consultas bibliográficas y buscadores online como *FamilySearch*.

La Catedral comenzó a levantarse desde 1635, y se terminó hasta 1844. Necesariamente, las reliquias debieron procurarse por parte del cabildo, para consagrarla. Las primeras fueron colocadas desde el año de 1652, en el altar mayor, por parte del Obispo Evia y Valdés, perteneciente a la orden de San Benito, cuando aún no estaba terminada la Catedral. Desde ahí aparecen las reliquias de San Plácido mártir, de la misma orden que el Obispo, en conjunto con las de San Mateo, entre otras. Sin embargo, se encontraban únicamente los huesos.

Luego, legajos del siglo XVIII, mencionan 72 reliquias, de Cristo y de muy diversos santos. Fue hasta 1844, que se realizó la consagración de todo el inmueble, junto con toda una remodelación neoclásica, bajo el obispado de José Antonio Laureano López y Zubiría y Escalante, “El Obispo Santo” (1791-1863). Referente a esta ceremonia, existe una extensa nota periodística de la época, que la narra. Involucró a toda la sociedad duranguense, comenzó con el levantamiento de un templete, luego con una procesión hacia la Casa episcopal, para recoger las reliquias que se iban a colocar bajo el altar mayor, el cuerpo casi completo de San Clemente, y de otros mártires:



“acompañaban también otras dos andas elegantemente dispuestas, de las que unas traían la cabeza de San Benedicto y las otras las de Santa Faustina, muy bien imitadas en cera, pero especialmente la de San Benedicto ha sido considerada por los inteligentes por un esfuerzo admirable del arte: su actitud es la de un agonizante poseído de la idea de la divinidad, y la expresión natural de los ojos y de la fisonomía toda parece que hace participar de aquel sentimiento al que la mira con alguna atención”.

Gracias a este texto, se pueden datar las reliquias mencionadas, y afirmarse que las cabezas se encuentran desde entonces en la Catedral. Su autoría, aunque no especificada, apunta más bien, a que fueron procuradas de Roma para tal consagración. Para 1870, aparecen en un inventario los cuerpos-relicarios de San Valentín, San Celestino, y la cabeza de San Clemente (que actualmente no se encuentra).



Fotografía 4.  
Daguerrotipo que muestra al Deán José María  
y posiblemente a su hermana Catalina Laurenzana de pie a su derecha.



En cuanto a Catalina, su fecha de nacimiento se desconoce, pero gracias a la ubicación de actas de bautismo de sus hijos y a la fecha de su matrimonio, se puede pensar que nació durante la primera mitad del siglo XIX, posiblemente durante la tercera década. La familia Laurenzana tuvo una posición acomodada durante el siglo XIX. Constaba de tres hermanos, Catalina, José María y José Ignacio. José María, doctor en derecho canónico, ostentó el cargo de deán de la Catedral, y era considerado uno de los mejores oradores de la época, mientras que José Ignacio, fue secretario de la Mitra de la Arquidiócesis. Por tanto, su relación con el cabildo, y con el obispo Zubiría y Escalante, fue estrecha.

Catalina contrajo nupcias con Francisco de Paula Ríos, en 1856, en el Sagrario Metropolitano de Victoria de Durango, y tuvieron siete hijos, seis mujeres y un varón, desde 1857 hasta 1869. Con los datos anteriores, fue posible elaborar un genograma. Aunque sobre su labor como ceriescultora fue poco lo que se pudo encontrar, la información sobre su familia y su cercanía a la Iglesia, hicieron evidente que se la eligiera como candidata para realizar un encargo como la realización del cuerpo-relicario de San Plácido mártir.

Un estudio material reveló características aspectos sobre su forma de trabajar. Por ejemplo, que, para la creación de San Plácido, su modelo posiblemente fue el cuerpo de San Celestino, pues imitó cada uno de los elementos, a veces sustituyendo con otros de índole local. Es posible que haya aprendido el oficio por parte de algún artesano procedente de algún estado con tradición fuerte en cerería, que haya tenido el apoyo de otras personas, quizá de un médico, o bien, haber poseído un libro de anatomía que le indicase cómo colocar correctamente los huesos de la osamenta. También cabe mencionar que la autoría de ambos San Plácido, se confirmó gracias a un detalle material: se encontró el mismo textil, un damasco amarillo, en la colchoneta bajo ambos, es decir que Catalina empleó un retazo de tela sobrante, para realizar el pequeño, luego de haber elaborado el grande.





Escuela de Conservación y Restauración de Occidente

## XV FORO ACADÉMICO

*Bifurcaciones y desequilibrios:*

Las paradojas de la Restauración y el Patrimonio Cultural

### **Conclusiones**

Tras esta revisión histórica de una pequeña parte de las obras ceroplásticas de la Catedral de Durango, se concluye que es de suma importancia para cualquier investigación que lleve a cabo el restaurador, reunir fragmentos de la historia y darles sentido, para entender el pasado material. No puede trabajarse de forma aislada el bien cultural, sin antes haber sido explorado más allá de su realidad física. De esta forma, se amplía el conocimiento no sólo de técnica, de autoría, o de fechas, sino también del valor cambiante o no, que ha tenido en el tiempo, valor que puede buscarse rescatar. Asimismo, la importancia de contrastar la evidencia material del objeto de estudio con la investigación histórica. Por ejemplo, saber que el cuerpo-relicario de San Plácido mártir data del siglo XIX, sin embargo, su presencia en catedral es anterior por varios siglos.

En el caso específico de los relicarios duranguenses, se identificaron personajes importantes y casi desconocidos para la historiografía del Estado, como la familia Laurenzana y en especial la ceriescultora Catalina Laurenzana, quien dejó de ser un simple nombre que aparecía en las cédulas de la Galería Episcopal.